

Victor Bretón Solo de Zaldívar

# Indianidad evanescente en los Andes de Ecuador

Editorial  **FLACSO**  
Ecuador



**GIEDEM**  
Antropologia i Història

  
**Universitat de Lleida**

# Índice de contenidos

Prólogo . . . . .	XV
Prefacio . . . . .	XIX
Agradecimientos . . . . .	XXXIII
Siglas y acrónimos . . . . .	XXXVII
Introducción. Del indio difuso al indígena hiperreal . . . . .	1
 <b>PRIMERA PARTE. MIRADAS PANORÁMICAS</b>	
 <b>Capítulo 1. Los usos políticos de la identidad indígena en América Latina . . . . .</b>	
Desarrollo, modernidad, identidad . . . . .	25
De indigenismos y estados tutelares. . . . .	27
Neoliberalismo y políticas de reconocimiento . . . . .	29
Lecciones desde los Andes. . . . .	33
Punto y seguido . . . . .	40
Punto y seguido . . . . .	49
 <b>Capítulo 2. Los Andes ecuatorianos en perspectiva histórica . . . . .</b>	
El movimiento indígena como actor político . . . . .	53
La herencia del modelo nacional-desarrollista clásico . . . . .	54
Neoliberalismo y etnitización de la cuestión agraria . . . . .	56
Etnofagia y multiculturalismo neoliberal . . . . .	67
La persistencia del neoindigenismo . . . . .	73
La persistencia del neoindigenismo . . . . .	75
Arenda: breves notas sobre autonomía indígena . . . . .	80

## SEGUNDA PARTE. INDIGENISMOS, ETNOFAGIA Y REPRESENTACIÓN

<b>Capítulo 3. Misión Andina o los límites del indigenismo</b> . . . . .	93
El paradigma del desarrollo de la comunidad . . . . .	95
Primeros pasos de la Misión Andina . . . . .	100
La Misión Andina en Chimborazo . . . . .	103
Se amplían las zonas de intervención. . . . .	107
Unos resultados muy controvertidos . . . . .	112
La Misión Andina en perspectiva histórica . . . . .	122
<b>Capítulo 4. El Fondo Ecuatoriano Populorum Progressio o las contradicciones de las ONG de desarrollo</b> . . . . .	129
Descentralización y proximidad de las intervenciones . . . . .	131
El Programa Regional Riobamba. . . . .	134
¿Complementando la reforma agraria a través del crédito?. . . . .	141
Enseñanzas del programa de tierras . . . . .	151
El Segundo Programa de la Regional Riobamba . . . . .	154
Las ONG de desarrollo en el umbral del nuevo milenio . . . . .	159
<b>Capítulo 5. El Banco Mundial en los Andes</b> . . . . .	163
Capital social y desarrollo . . . . .	165
El proyectismo del Banco Mundial a examen . . . . .	169
¿Qué nuevos actores para qué nueva ruralidad?. . . . .	181
Punto y seguido . . . . .	188
<b>Capítulo 6. En busca del ‘Buen Vivir’ en tiempos de cambio</b> . . . . .	191
Las tribulaciones discursivas del <i>Sumak Kawsay</i> . . . . .	194
Imaginando otros mundos posibles. . . . .	201
Más allá de los discursos . . . . .	205
Algunas inquietudes, para terminar. . . . .	208

## TERCERA PARTE. ¿TEMPESTAD EN LOS ANDES?

<b>Capítulo 7. Reforma agraria y diferenciación campesina en Cotopaxi</b> . . . . .	219
Naturaleza y crisis de las haciendas norandinas . . . . .	220
La disolución de la hacienda en Toacazo . . . . .	233
Punto y seguido . . . . .	245
<b>Capítulo 8. Organización indígena y agencias de desarrollo en Toacazo</b> . . . . .	251
La organización indígena-campesina en Toacazo . . . . .	254
Luces y sombras del fortalecimiento organizativo . . . . .	257
La orientación de CESA en las tierras altas de Toacazo . . . . .	263
Arriba y abajo, liderazgos y recelos . . . . .	268
Fin de la microverticalidad y asalto al páramo . . . . .	271
Consideraciones finales . . . . .	273
<b>Capítulo 9. La etnitización de la cuestión agraria en Chimborazo</b> . . . . .	279
Un entorno ecológico, histórico y social muy peculiar . . . . .	281
Insurgencia y lucha por la tierra hasta la reforma agraria . . . . .	283
El fin del régimen gamonal . . . . .	288
La etnitización de la cuestión agraria . . . . .	294
Reflexión final . . . . .	296
<b>Capítulo 10. A vueltas con la comunidad andina</b> . . . . .	299
Un laboratorio social privilegiado . . . . .	300
De campesinos, indígenas y comuneros . . . . .	203
Una reflexión final desde el presente etnográfico . . . . .	313
<b>Epílogo. Los caminos cruzados del desarrollo, la etnicidad y el poder</b> . . . . .	317
<b>Referencias</b> . . . . .	331

# Prólogo

Víctor Bretón lleva trajinando los Andes ecuatoriales cerca de tres décadas. En esta compilación de sus trabajos, cubre un amplio abanico de temáticas; un espacio de recorridos de investigación extenso, que es un devenir de su vida. Debatir con él sus propuestas, aquí, me es imposible. No faltan las ganas, los temas no se agotaron. Ocurre que ya sobre muchos hemos conversado mientras compartíamos andanzas por los sinuosos caminos de las cordilleras. A la vuelta de una curva, absortos ante la belleza del fino y colorido encaje del paisaje agrario andino, afloraban susurros sobre el presente, el pasado y el futuro de ese mundo que es también el nuestro. Devotos y fascinados, nos recogíamos en lo que se nos ofrecía. Nos hablaba de sus historias y de las vidas de su gente. Intuíamos las culturas agrarias sofisticadísimas que, en un dilatado tiempo histórico, diez milenios o más, lo fueron labrando paso a paso en el vivir. Hoy en día, la avasalladora ‘rurbanización’, una historia apenas reciente, difumina y sobrescribe los grafismos topológicos de su inconmensurable historia. Pocas huellas van quedando de ese pasado, es una penosa constatación. ¿Pertenezco a la última generación que lo vio como fue? Apenas balbuceando, ya me impregnaba de sensaciones y afectos, imágenes e ideas. ¿Pronto ese paisaje milenario será ilegible? ¿Se borrarán las capas del palimpsesto a las que aludía Frank Salomon en el epígrafe del prefacio de este libro? Quizás estamos viviendo la etapa terminal de su existencia.

Evocar esas conversaciones sería tan imposible como retener el ulular del viento en el pajonal. La paradoja de un libro que se escribiera de

manera simultánea e inmediata al vivir, desmedido e ilimitado. Es mejor que me ciña a lo que ronda implícito en sus trabajos. El 'modo de hacer y de vivir' (*modus operandi* y *modus vivendi*) de Víctor, su práctica y su andar por la vida de antropólogo. Lo he observado y acompañado en ese 'hacer haciendo' que, por cierto, es a la vez hacerse a sí mismo: una práctica constitutiva. De eso sí puedo hablar.

En los márgenes de sus escritos, en las entrelíneas y en el espaciado de las palabras, algo emana hacia la intuición de quien los lee. Un sentido, algo más allá de la significación recinchada a las frases, se decanta en los temas que trata y los debates académicos que lo inquietan. Me refiero a eso tan presente como brumoso, tan inasible como patente, que pulula en todo escrito: lo que le llega a quien lo lee mediante la intuición, allende los argumentos racionales del antropólogo. Desde luego, siempre hay un entorno previo, una emotividad y un propósito (aun casi inadvertidos) que configuran el escribir y tiñen las frases: rondan el porqué. Durante la investigación y al redactar se clarifican; aparentan un derrotero ya trazado. Casi todos esos procesos se esfuman en el texto escrito. La apreciación de un lector ubicado en otro tiempo, lugar y momento apenas los sospecha. Un regusto perdura. Me refiero a las emociones, los impulsos, las repulsiones: el dominio recóndito de la pasión y del deseo que agujijonean por dentro al investigador, por más positivista que se pretenda. Es el potencial que lo impulsa. Esos rezagos se quedan adheridos a las palabras. Es su tufo: hay que olisquear sus investigaciones.

Sí, Víctor Bretón investiga y escribe, cuando se trata de los Andes, desde las tripas y con el corazón que late en la imaginación. No lo creería quien lo encuentra por primera vez o se detiene apenas a ras de sus demostraciones. Es lo que aparenta... de lejos. Hay algo tan obvio que obliga a reiterarlo una y otra vez: todo antropólogo llega al trabajo de campo con su pulpa embutida en la piel de una cultura, la que lo hizo. La suya es de palabra franca y abierta en cuanto al cuerpo se refiere; en los soterrados fluyen ríos profundos de querencias. Además, el antropólogo fue formado (canon básico y sagrado de la profesión) para que, supuestamente, eso no lo disturbe en elucidar la cultura 'otra'. Mirar por la lupa de la 'objetividad' es un deber. Hay que cumplir con el 'distanciamiento' y la postura escolástica, pero ocurre que el ímpetu que

mueve a Víctor se le desborda por encima de los cánones cuando recorre los Andes.

Sus escritos trasudan la implicación ética, política y afectiva con los 'sujetos' antropológicos. Ahora, resulta que, para Víctor, esos 'sujetos' son personas de carne y hueso que ríen, sufren, son oprimidos y luchan. Con ellos establece una relación dialógica de mutuo intercambio. Al recorrer con él sus lugares de investigación, de Toacazo (Cotopaxi) a las parroquias del Chimborazo, constaté su inmersión en los problemas de las personas. Derivaba de un vínculo de solidaridad y de empatía que anuda con sus interlocutores. Además, ha dedicado esfuerzo académico en algo complejo e inusual: en formar antropólogos 'autóctonos', por así decirlo.

Su implicación, su compromiso en el sentido fuerte (sartreano) con esos interlocutores, le brota a la epidermis. Le viene de una actitud espontánea ante el mundo, impulsado por una indignación igualitaria. La empatía es la forma más fuerte de la vivencia ética... y política. Simplemente no soporta el trato jerarquizado y discriminante, tampoco el engaño ideológico, que es su corolario. La premisa de la igualdad es una de las aristas que recorren sus trabajos críticos sobre el 'desarrollismo'. Se ha dedicado a desmontar con minucia de relojero sus argucias y falacias, exhibe su accionar concreto y dónde falsean. Lleva décadas haciéndolo. Lo impulsa un amor por los Andes, por sus gentes, sus montañas, la luminosidad, los colores y las nieblas de los páramos; el aire tenue y helado, el olor que emanan los cuatro mil metros de altitud. Este libro es un testimonio de su pasión.

Andrés Guerrero

# Prefacio

Los restos que el pasado de Quito nos ha dejado —documentos, artefactos, memorias folklóricas— pueden ser comparados a un palimpsesto, en el cual distintas personas y edades han dejado sus mensajes sobreimpuestos. Cualquier estudioso, sea antropólogo, arqueólogo o historiador, debe empezar su trabajo con el descubrimiento de sus estratigrafías, separando las diferentes voces que a través de ellos hablan. Solamente tras este proceder, existirá confianza en la reconstrucción de las civilizaciones pasadas y las fuerzas que plasmaron sus sucesiones. Pero si el registro es un palimpsesto, no es uno de aquellos en el cual una miscelánea de textos no relacionados han sido escritos, más bien, cada texto sucesivo es en cierto sentido, un comentario de los que le precedieron y todos comparten un tema común: la relación entre la cultura del autor y su ambiente natural y humano.

—Frank Salomon, *Los señores étnicos de Quito en la época de los incas*

Comienzo con esta cita de Frank Salomon, que, aunque se refiere al entorno de Quito, puede extrapolarse a la región Andina. A los ojos avezados, contemplar el paisaje de las tierras altas y sus declives orientales y occidentales permite distinguir la impronta de los sucesivos estratos históricos que han ido conformando el devenir de los paisajes y las gentes imbricados a ellos. Los Andes constituyen un escenario que no deja a nadie indiferente. Es difícil encontrar otro donde la huella del pasado —del más reciente y del perdido en la noche de los tiempos— sea tan incisiva, a modo de palimpsesto, en el cariz de los eventos y procesos contemporáneos.

Sus cordilleras majestuosas y sus prolijas ruinas prehispánicas muestran un horizonte civilizatorio con sofisticados centros urbanos y complejísima sistemas de producción, abastecimiento y jerarquización social. Sin embargo, lo más fascinante es, sin duda, la imbricación perceptible entre medio e historia (naturaleza y cultura, si se prefiere usar la dicotomía



clásica); entre un marco físico imponente y las improntas que los grupos humanos han generado, sin solución de continuidad, durante miles de años de interacción dialéctica con sus agroecosistemas. En suma, el paisaje como producto social resultante de la larga duración transecular. Como señala John Murra (1989, 29), “ecológicamente, el territorio de las repúblicas andinas parece a primera vista uno de los ambientes menos propicios para el hombre”, a pesar de lo cual “los habitantes de esta región han demostrado a lo largo de muchos siglos ser capaces no solo de sobrevivir en tales circunstancias, sino también de crear una serie de civilizaciones que extrajeron del medio el excedente necesario para expandirse y florecer”. Si a ello añadimos el impacto de la invasión europea, la naturaleza de los sistemas de dominación que se impusieron sobre las sociedades aborígenes y el pluriverso de experiencias resultantes de esos procesos seculares de hibridación, la terca recurrencia de segmentos de población clasificada como ‘indígena’, ‘comunera’ u ‘originaria’ —más o menos amplios según el contexto y el momento— invita a contemplarla a través de miradas que transiten (y transgredan) los límites disciplinarios de la Historia y la Antropología. De ahí la necesidad de aproximaciones desde una etnografía histórica y una historia etnográfica capaces de decodificar los laberintos semióticos de tan singular palimpsesto.

## Inquietudes de largo aliento

Arribé a la columna vertebral de la América del Sur por los Andes de páramo, los equinocciales, en particular los ubicados en la actual República del Ecuador, a cuya historia he dedicado el grueso de mi actividad académica. Llegué por primera vez a Quito en junio de 1994, en medio —sin saberlo— de un levantamiento indígena. Me impresionó la capacidad de movilización de las organizaciones étnicas; la prestancia con la que sus líderes y lideresas enfrentaban las negociaciones con el Gobierno, así como la actitud general de la ciudadanía y las autoridades del momento. Nadie parecía cuestionar (al menos explícitamente) la legitimidad de lo que reivindicaban las movilizaciones, ni lo indispensable de la negociación en sí misma. Más que por el aura romántica que entonces ya despertaba la cuestión indígena en la academia y entre activistas de los nortes

globales, mi sorpresa brotaba de la naturaleza de las demandas y de la manera particular –muy peculiar en América Latina a mediados de los noventa– en que el Estado ecuatoriano encauzaba la resolución del conflicto. No podía ser de otro modo, dada mi formación y mi mirada sobre la realidad latinoamericana hasta aquel entonces. Por encima de los en-corsetamientos disciplinarios convencionales y de mi condición *stricto sensu* de antropólogo social, siempre me consideré un agrarista.

Mis trabajos anteriores habían tratado sobre diversos aspectos de la discutida (y, conceptualmente hablando, discutible) ‘modernización’ de la agricultura familiar en España (Bretón 2000a), y mi referente latinoamericano más conocido era la también controvertida (y no menos discutida) reforma agraria mexicana (Bretón 1999, 2000b). Eso explica mi interés, hasta hoy, por los volátiles mundos rurales en la era del neoliberalismo, en especial su arbitraria segregación de un no menos vaporoso medio urbano que, por lo general, se identifica con la modernidad. En un primer momento, me intrigaba cómo se había afianzado el discurso sobre la obsolescencia de las políticas reformistas en contextos de una enorme reconcentración de la tierra y, con ella, de la riqueza y el poder. No dejaba de interpelarme sobre el impacto de las contrarreformas privatizadoras que, con el México de Salinas de Gortari a la cabeza, ponían a funcionar muchos países de la región. Con esos antecedentes, y sin siquiera sospecharlo, irrumpí en Ecuador justo cuando indígenas y campesinos exigían derogar una de esas disposiciones neoliberales lesivas desde el punto de vista del devenir de los pequeños productores.<sup>1</sup>

El discurso del levantamiento fue lo que más me deslumbró. En Ecuador, a diferencia de México o Perú, los y las indígenas habían podido desmarcarse nítidamente de su adscripción axiomática como campesinado. Habían articulado un discurso propio que, además, parecía funcionar como eje vertebrador de una parte sustancial del descontento acumulado en los sectores populares (indígenas o no, rurales o urbanos). Más allá de la presencia –a todas luces evidente– de reivindicaciones clasistas, la retórica identitaria era la fuerza cohesionadora más poderosa

---

<sup>1</sup> Me refiero al conflicto en tono a la Ley Agraria de 1994; que, siguiendo la estela que marcó su homónima mexicana de 1992, ponía punto final, *de facto*, a cualquier iniciativa de resolver la cuestión agraria de corte redistributivo.